

Memoriales

«Nunca hubo un monumento de cultura que no fuera un monumento de barbarie. Y así como la cultura no está exenta de barbarie, no lo está, tampoco, el proceso de transmisión de la cultura. Por eso, en la medida de lo posible, el proceso histórico se desvía de ella. Considera la tarea de comprenderla como un cepillar de la historia a contrapelo.»

Walter Benjamin

Algunas ciudades, por el empeño de los hombres, parecen destinadas a preservar la memoria de aquello que se quiere perpetuar; la historia de la nación, su identidad cultural o su religión. Sin embargo, el acontecimiento, en esa obstinación por aprehender el tiempo e imponer un recuerdo, se pierde para siempre. Pero ¿cómo hacer hablar a la memoria petrificada si en el proceso de monumentalización se corre el riesgo de perder aquello que evoca? Los monumentos, representaciones de la historia, son objetos culturales cargados de ideología que funcionan como un simulacro, como repetición de un único pasado, constituyéndose como un elemento de violencia simbólica que impone su mirada. No obstante, la ciudad también es portadora de memoria, memoria latente, en ella se inscribe la huella de lo que aconteció. Discursos interrumpidos, solapados por el tiempo, que remiten a un tiempo pasado.

Jerusalén, Berlín o Washington, capitales de estado, dejan ver de forma muy distinta el peso de su historia, las marcas de su pasado. Con este trabajo nos acercamos, como un cepillar de la historia a contrapelo, a algunos de los monumentos, de los memoriales, pero también a pequeños fragmentos de memoria que se hallan inscritos en estas ciudades, con la idea de establecer una reflexión, a través de la imagen, en torno al memorial y a su función como depositario de la memoria. Pues cuando hablamos de lugares de memoria, elemento esencial en nuestro trabajo, percibimos el peligro que supone la monumentalización de un lugar, de un hecho. Y es que hay una gran diferencia entre la memoria que, por naturaleza, se encuentra abierta al cambio y la evolución, al recuerdo y al olvido, a la reinterpretación y el memorial, que con el poder que adquiere, parece más interesado en hacerse ver que en hacer ver aquello que representa.

I En el período comprendido entre 1949 y 1967, una estrecha franja de territorio ubicado en el Monte Sión se constituye como tierra de nadie. No deja de resultar paradójico, pues durante milenios, cada palmo de Jerusalén ha sido disputado, reclamado e instituido como un gran memorial. Cada rincón de la ciudad, cada sonido, se muestra como un signo cargado de simbología que pretende silenciar otros. Y lejos de conseguirlo se presentan como un murmullo simultáneo y ensordecedor, destinado a un eterno retorno. Fragmentos que corresponden a diferentes momentos atrapados en la estructura de la ciudad que, repetidos en el tiempo, parecen ser oídos por aquellos a quienes van dirigidos.

En Jerusalén nos aproximamos a aquellos lugares identificados y reivindicados como santos para cristianos, judíos o musulmanes, pero también a aquellos relacionados con su historia más reciente; el final del mandato británico, las guerras árabe-israelí y de los seis días, o el magnicidio del rey Abdullah I de Jordania. Espacios sagrados para unos, por los acontecimientos ocurridos o narrados en un momento determinado de su historia más antigua, para otros lugares marcados por acontecimientos de gran significación, ocurridos en otro momento de la historia bien diferente. Lugares de todos, tierra de nadie.

II La historia está jalonada de pequeños y grandes monumentos que atrapan la memoria. Como señala Benjamin: «Quien se trate de acercarse a su propio pasado sepultado debe comportarse como un hombre que cava. Eso determina el tono, la actitud de los auténticos recuerdos. Éstos no deben tener miedo a volver una y otra vez sobre uno y el mismo estado de cosas; esparcirlo como se esparce tierra, levantarlos como se levanta la tierra al cavar. Pues los estados de cosas son sólo almacenamiento, capas, que sólo después de la más cuidadosa exploración entregan lo que son los auténticos valores que se esconden en el interior de la tierra.»

En una necesidad de reconciliación y responsabilidad con la historia, en la ciudad de Berlín, se hacen visibles, esparcidas como se esparce la tierra, las huellas de su pasado; heridas que son testimonio de la barbarie, en un intento de restaurar el sentido de uno de los grandes monumentos culturales de nuestra época. En esta ocasión nuestra mirada se dirige, mediante el fragmento, en un intento de devolver al origen, a aquellos lugares que en la ciudad de Berlín referencian un momento histórico concreto: el holocausto judío.

III El trazado original de la ciudad de Washington diseñado en 1791 por Pierre Charles L'Enfant, proponía una grand avenue, que inicialmente no fue construida. La idea de generar un gran jardín lineal es retomada un siglo más tarde creándose entonces el National Mall, una zona de corte monumental, al estilo europeo, que persigue la idea de belleza como bien común para crear una virtud cívica y moral sobre la población. En la actualidad el complejo reúne un conjunto de memoriales, destinados, en cierto modo, a “preservar” la memoria de la nación americana, a narrar su historia. Pero la verdad histórica es efímera y en su representación se pierde el instante que refulge de la imagen del pasado, y de este modo, como una imagen fija, queda congelada en un instante.

En Washington, partiendo de la idea de construcción de una identidad nacional, recorreremos las calles inscritas en el trazado de la ciudad. Buscando aquellos espacios en los que se evidencia la necesidad de sustentar y compactar su historia reciente, en un aprovisionamiento de memoria, donde los documentos fotográficos del siglo XIX sirven de modelo para restaurar las escenas pilares de su historia.

Bleda y Rosa